Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

96 **“El Viejo nos cagó, compañeros”**



Suplemento especial de
Página|12

LA PEDAGOGÍA DE LA SANGRE

Aquí está la ratio occidental. El hombre instrumental cartesiano. El homo capitalista. El que ha ubicado a la razón en el centro del logos. Aquí está La Razón Iluminista. La que habría de liberar a los hombres. La que habría de llevarlos a la plenitud. Esta es la razón que se ha hecho para dominar. Entre tanto, no hay otra. Los que quieren escapar de ella elaboran senderos del bosque que se pierden y no nos piden el pathos para el dolor de nuestros hermanos sino el pathos para el acontecer del Ser. Nos lo piden desde las reflexiones campesinas de un filósofo que jamás habló de torturas. Para el que los argelinos son sin duda seres alejados de la tradición del ser de los griegos que nos ha pasado por encima. Ajenos al Eje Atenas-Berlín. ¿Qué tienen que ver con la historia del Ser los argelinos? La historia del ser es, para Heidegger, la que acontece en Europa. Ni siquiera incluye las aventuras colonialistas de Europa. Es cierto que se transforma en un crítico de la modernidad en tanto el hombre moderno ha reemplazado al ser por el dominio del ente. De aquí que los estructuralistas y posestructuralistas crean poder reemplazar a Marx con el campesino de la Selva Negra. Pero, ¿a dónde lleva la crítica de Heidegger a la modernidad? No lleva a la explotación. Jamás dirá como dijo Sartre: "Europa se ha hecho a sí misma fabricando esclavos y monstruos". Esto es hablar claro. Para Heidegger, a lo sumo, Europa ha perdido el estado de abierto. El pathos de la escucha al ser. En fin, he tratado y aún trataré estos temas en otros lugares. No queda más remedio porque esta filosofía –adornada por la lingüística y la diseminación derrideana– domina los claustros en el siglo XXI. Hay que escribir –sin más– un ensayo sobre Sartre y responder desde ahí –añadiendo lo que sea necesario– el encapsulamiento del Saber en la cabañita del lenguaje donde cómodamente mora el ser sin que le importe nada de lo que ocurra afuera. Además, ¿por qué habría de importarle? ¿Qué es lo que importa y lo que no para el ser? ¿Alguien lo conoce? ¿Alguien le vio la cara? Del ser sólo puede enunciarse que es y que todos los entes son a su luz. El resto es el mundo de los hombres, el de las masacres, el de las mercancías, el del dinero, el de las bombas, el de los genocidios.

Sigamos: escuadrones de la muerte, torturas, desaparecidos. El método fue inventado en Argelia. En aquel momento, el prefecto de policía de Argel, Paul Teitgen, fue el único que denunció la desaparición de 3024 prisioneros entre los 24.000 denunciados oficialmente.

Paul Teitgen: –En la cárcel no estaban. Preguntaba por alguno y me decían que desapareció. Los habían enviado a Bigeard. La gente de Bigeard les ponía los pies en cemento y los tiraba al mar desde helicópteros. Un método sucio. Así no se hace la guerra.

Sin embargo, desde mayo de 1958, las técnicas de la Batalla de Argel comenzaron a enseñarse en un Centro de Entrenamiento en Guerra Subversiva creado por el ministro de Defensa, Jacques Chaban-Delmas, a iniciativa de Bigeard. Pronto formaría a oficiales franceses, pero también portugueses e israelíes. La Batalla de Argel tuvo su manual, titulado *La guerra moderna*, escrito por el jefe de Aussaresses, el coronel Roger Trinquier, quien justificó en forma abierta la tortura como arma de la guerra antisubversiva. La instrucción se realizó en la Escuela de Guerra de París. Los primeros alumnos fueron argentinos. Entre ellos, el general Alcides López Aufranc, quien participaría en el golpe de Estado de 1976. En 1957 fue seleccionado por el Estado Mayor argentino para iniciarse en lo que ya se llamaba la doctrina francesa. La clave del curso era un mes de práctica en Argelia.

De modo que aquí lo tenemos al joven López Aufranc estudiando aplicadamente para recibirse de asesino. No se enseñaba otra profesión en la Escuela de Guerra de París. Nadie, ningún guerrillero, ningún militante argentino, sabía que Lopez Aufranc, en 1957, ya estaba en París aprendiendo a torturar, a matar. A hacer ese trabajo repugnante al que se llama "de inteligencia". ¡Claro que sí, diría Theodor Adorno! A *eso* lleva la razón instrumental. A la tortura. Esa es la *Dialéctica del Iluminismo*.



Ahora escuchemos qué dice. Habla con soberbia. Tiene pinta de garca. Tiene un bigotito fino y empilcha muy bien. La risa se le escapa, lo quiera o no. Le resulta muy divertido hablar de estas cuestiones.

Alcides López Aufranc: –Los profesores tocaban siempre el tema de la guerra revolucionaria. Era algo totalmente nuevo para nosotros. En América Latina no conocíamos ese tipo de problemas. Había luchas políticas, a veces violentas, pero no subversivas. No conocíamos la importancia de la población en ese tipo de guerra. Para nosotros sólo existía la guerra clásica, con infantería, fusil, carros, cañón. Jamás habíamos imaginado un enemigo capaz de matar con un cuchillo o de estrangular a alguien con una cuerda. (*Aquí mira a la cámara y se ríe entre jocoso y burlón): Con la sangre se aprende mucho*.

¡Gran frase del Zorro de Magdalena! Tenemos ahora dos en el lenguaje del poder en la Argentina: "La letra con sangre entra" (de espíritu sarmientino) y "Con la sangre se aprende mucho" (del masacrador de los 23 obreros de la comisión interna de Acindar). Los métodos de la Batalla de Argel fueron exportados por primera vez a la Escuela Superior de Guerra de Buenos Aires. En 1959 los ejércitos de Francia y la Argentina firman un acuerdo que prevé la creación de una misión militar francesa permanente, cuyos asesores se instalan en Buenos Aires, en la sede del Estado Mayor. Todos son veteranos de Argelia que actúan en el mayor secreto. Hasta hoy el tema es tabú. Ninguno aceptó hablar ante una cámara del rol de la misión.

Marie-Monique Rubin: –¿Es cierto que los Estados Unidos estaban celosos?

López Aufranc: –Claro, querían que los franceses se fueran. Veían con mal ojo el rol de Francia. Pero los americanos no sabían nada de la guerra revolucionaria. Aprendieron al mismo tiempo que nosotros.

En un oficio dirigido a su Cancillería, el embajador francés Blanquet de Chaillat confirma los celos de los estadounidenses. Ironía de la historia. Aunque había sido realizada para denunciar la guerra sucia desarrollada por los franceses, la película *La Batalla de Argel* se usó en la Argentina para entrenar a los militares en la lucha antisubversiva.

Marie-Monique Rubin: –Y Aussaresses, ¿cómo llegó a ser instructor en Fort Bragg?

1961. El teniente coronel Aussaresses es nombrado en la agregaduría militar en Washington, de la que dependen diez oficiales de enlace. Todos eran veteranos de Argelia. Fueron distribuidos en distintas escuelas militares estadounidenses. Aussaresses fue destinado a Fort Bragg, sede de las fuerzas especiales que intervendrían masivamente en Vietnam.

Marie-Monique Rubin: –¿Qué enseñó allí?

Paul Aussaresses: –Enseñé las condiciones en las que hice un trabajo que no era el normal en una guerra clásica: las técnicas de la Batalla de Argel, arrestos, inteligencia, torturas.

El general John Jons y el coronel Carl Bernard son dos ex alumnos de Aussaresses en Fort Bragg. Veteranos de Vietnam, hoy militan contra el uso de la tortura. Confirman que a principios de la década de 1960 ni habían oído hablar de guerra subversiva.

General John Jons: –No teníamos ninguna experiencia, por eso hicimos venir instructores de Francia y leímos artículos y libros sobre la experiencia francesa.

Coronel Carl Bernard: –Leímos *La guerra moderna*, de Trinquier. Aussaresses, que había trabajado con Trinquier, nos trajo las pruebas de imprenta a Fort Bragg en 1961. Lo leímos en detalle y por desgracia yo fui uno de quienes lo estudiaron a fondo. A partir de ese libro se concibió la Operación Fénix. Envié el libro a Robert Comer, que trabajaba en la Casa Blanca.

En 1967, ese agente de la CIA fue designado jefe de la oficina en Saigón. Dirigió una unidad de escuadrones de la muerte, acusado de eliminar a las redes del Vietcong dentro de la población. Fue una guerra muy sucia, bautizada Operación Fénix.

Coronel Bernard: –Fue una copia de la Batalla de Argel. El resultado fue trágico y estoy usando un eufemismo. Hubo un mínimo de 20.000 personas asesinadas, civiles. Paul Aussaresses nos enseñó en Fort Bragg la importancia capital de la inteligencia en ese tipo de guerra, cómo obtenerla y cómo explotarla. Y nos explicó la tortura. Tomaba a un prisionero. En general lo convencía de hablar. La mayoría hablaba. Pero al que no quería, lo sometía a sufrimientos físicos, sufrimientos mortales que hacían que terminara por hablar. Explicaba que si otro prisionero asistía a la sesión de tortura se convencía de hablar porque sabía que sería el siguiente. El problema adicional era qué hacer con el prisionero torturado. La respuesta de



Aussaresses es que debían ser ejecutados.

Marie-Monique Rubin: –¿La mayoría de sus alumnos fueron enviados a Vietnam?

Aussaresses: –Sí, fueron al trabajo en Vietnam. Volví a encontrar a algunos cuando fui agregado militar en Brasil en 1973. Tuve una relación muy estrecha con los militares brasileños. Era una dictadura militar. Brasil ayudó considerablemente a la acción del general Pinochet contra Allende.

TORTURA Y LENGUAJE

Tarea concluida: ya conocemos al Monstruo. Si me he extendido demasiado en la búsqueda de ese conocimiento ha sido –créanme– necesario. La Tendencia, de todo esto, no sospechaba nada en 1970 ni en 1971 ni en 1973. Creía que sus enemigos eran los grupos de derecha del peronismo, las bandas sindicales, la policía o un Ejército que estaba siempre a la espera, que aún no se había jugado. Y cuyos miembros, además, era suboficiales peronistas. Muchos de ellos, sin duda. Después conoció al lumpenaje armado por López Rega, Villar y –no hay duda posible– Perón. Al carecer del Ejército, el viejo general tuvo que poner orden con organizaciones clandestinas. Si su participación fue activa o si –sobre todo– dejó hacer es algo que estudiaremos. Pero no es casual que –a partir del momento en que el Ejército empieza a actuar a fondo– la derrota de la guerrilla es fulminante. No es casual la ESMA. No es casual que la tortura haya sido el fundamento de todo el trabajo de inteligencia.

En cuanto al *Plan Fénix* –que aplicó la CIA en Vietnam y que nuestros militares adoptaron también– su crueldad es indescriptible. El temple del pueblo vietnamita para triunfar pese a una masacre tan desmedida es asombroso. "William Colby fue jefe de la estación de la CIA en Saigón, entre 1959 y 1962 (...) De 1968 a 1971, dirigió en Vietnam del Sur el programa Phoenix, enfocado en matar a los militantes comunistas (Viet Cong). *Se calcula que fueron asesinados cerca de 60.000*, pero, en sus memorias él indicó el número de 20.587. El presidente Richard Nixon lo nombró director de la CIA el 4 de septiembre de 1973. En un testimonio ante un comité de investigación del Senado, dirigido por el senador Frank Church, en 1975, declaró que consideraba '*deplorable*' y '*wrong*' ciertas actividades de la CIA y que intentó pararlas" (Luis Alberto Moniz Bandeira, *La formación del Imperio Americano*, ed. cit., p. 180). A partir de 1976, en nuestro país, se da una fusión siniestra: la de las bandas salvajes, crueles, que provenían de la contrainsurgencia armada por Villar y López Rega y los equipos de la Escuela Francesa y de la Escuela de las Américas, que, al buscar la información por medio de la tortura, al indagarla incluso con técnicas elaboradas en la búsqueda y producción del dolor, solían superar el padecimiento barbárico, el rústico sadismo de las patotas del lumpenaje criminal. Todo fue centralizado por el Ejército argentino. Porque es cierto que las Tres A pasaron a ser las Tres Armas, como dice Walsh, pero subordinadas a ellas, que condujeron todo con una técnica y una ferocidad que tras-pasó toda posible descripción o evaluación. Simplemente, el horror esencial de la tarea desplegada se ubicó más allá de todo adjetivo que el lenguaje pueda poseer o que el más imaginativo de los escritores pueda inventar. La vejación fue más allá de la palabra. De su posible enunciación. Este hecho, si interpretamos la realidad como aquello que el hombre ha podido simbolizar, ubicaría a este horror más allá de toda posible simbolización. ¿Dónde? No es casual que Walsh, desde la literatura e incursionando en la filosofía, hable de una dimensión metafísica de la tortura. Pretender encerrarla en los límites del lenguaje es constreñirla, empobrecerla. Tenemos que estar vírgenes frente al horror, abiertos, dejar que nos penetre y alguna palabra surgirá. De aquí que digamos que el 24 de marzo fue una ruptura en nuestra historia. Ante todo, porque las palabras con que habíamos entendido lo anterior se tornaron insuficientes. Lo mismo expresan los que hablan de una ruptura civilizatoria después de Auschwitz. Nos hemos quedado sin palabras. Los significantes no nos llegan. Somos sordos para ellos. O no surgen de la materia atormentada: sólo gritos, sólo alaridos, trozos de carne humana masacrada. Habrá que buscar las palabras nuevas que expresen un quiebre tan hondo que abre una nueva historicidad. Cuando Beckett dice: "Lo peor ya sucedió", dice eso: que ya sucedió. No que no volverá a suceder. Seguirá y sigue sucediendo. Pero se llegó a lo peor: en los campos de la muerte lo inimaginable y lo inexpresable tuvieron lugar. Tal vez fuera eso lo que llevó a Adorno a decir que no se puede escribir poesía después de Auschwitz. ¿Con qué palabras si las que ya teníamos son insuficientes? ¿Con qué palabras si el horror ha ido más allá del lenguaje?

LA PRIMACÍA DEL TIEMPO SOBRE LA SANGRE

Hay dos errores en el discurso de Perón del 21 de junio del '73. Podrá haber otros, pero nos vamos a detener en esos dos porque nos permitirán entender unas cuantas cosas. El líder aterrizado, el conductor en el campo de operaciones, el mito que se entremezcló otra vez con la historia, el avión negro que ahora es blanco, dijo: "Conozco perfectamente lo que está ocurriendo en el país. Los que crean lo contrario se equivocan". Es posible que Perón conociera muchas de las cosas que ocurrían en el país, pero no conocía a fondo a la juventud peronista. No había asumido la advertencia de Jorge Antonio: *Cuidado, General. Traté de cerca a estos muchachos. Los conozco bien. No van a ser fáciles de manejar.* Seguía, el general, empecinado en su certeza de líder de pueblos: "Llego, agarro un vaso de agua, un micrófono y los mando a sus casas". Tal como Juan Facundo Quiroga: "Yo salgo a la calle, veo a alguien y le digo: 'Usted, sígame', y el hombre me sigue". O la célebre, la histórica frase con que asegura a Santos Ortiz que habrá de resolver la situación en Barranca Yaco: "A un grito mío, esa partida, mañana, se pondrá a mis órdenes y me servirá de escolta hasta Córdoba". Para sorpresa de ambos, las cosas no fueron así. Ocupémonos, por supuesto, de Perón: la insumisión de la Tendencia lo ha de haber sorprendido y, a la vez, lo habrá llenado de furia. Mocosos de mierda, ¿cómo se le insubordinaban? ¿Quiénes creían que eran? ¿Qué podían ser sin él? Notable: los dos polos pensaban lo mismo. ¿Por qué los Montoneros proponían *Conducción/ conducción/ Montoneros y Perón*? Porque pensaban lo mismo que el jefe, pero al revés. Perón pensaba que, sin él, los Montoneros no eran nada, no habrían podido hacer nada. Creían ser ellos los que movían a la gente. Pero la gente se movía por Perón. Sólo usando su nombre los montos habían logrado entrar entre las masas. Sólo usando su nombre habían logrado que los siguieran. Los Montoneros creían lo contrario: *sin ellos Perón no habría vuelto*. Ellos habían puesto la combatividad, la sangre, la organización de las bases, habían agredido al régimen y lo habían obligado a ceder concediendo elecciones. Los dos tenían algo de razón. O mejor dicho: compartían ciertas zonas en que se habían complementado bien. Sin embargo, Perón tenía la razón por completo. Perón era Perón desde 1945 y aun desde antes. Estos pibes recién aparecen en 1970. Proponerle a Perón compartir la conducción es un delirio. Una jactancia juvenil, inmadura y henchida de soberbia. Se habían creído todo. El éxito de la jornada del 25 los había embriagado de ambiciones y esperanzas de poder. Perón no los conocía a ellos, pero ellos tampoco lo conocían a Perón. Fue un pacto que se hizo en la etapa de agresión al régimen, pero que no servía para gobernar. Perón era un conductor estratégico, un militar que pensaba la política desde las líneas de fuerzas, desde Clausewitz: *Ser más fuerte en el lugar en que se define la batalla*. Antes del '73, la batalla se definía en las zonas duras, en el campo de combate. Ese enfrentamiento abierto al régimen proclamaba una primacía: *la de la sangre*. De aquí que hayan sido los sectores combativos, la militancia de base y las formaciones especiales los que más la derramaran, la ofrendaran al proyecto del movimiento. Pero los Montoneros pretenden algo que Perón no toma en cuenta para nada. Cada batalla se da en el momento en que tiene que darse. Y todas valen tanto como las otras. *Si todas son necesarias es porque todas tienen el mismo valor*. Perón piensa la totalidad a lo Hegel (como buen lector de Clausewitz): todos los elementos que componen la totalidad le son necesarios. La totalidad es esencialmente resultado. Es resultado de eso de lo que resulta. De *todo* lo que resulta. Si la totalidad se constituye por la laboriosa trama que arman las particularidades y las cierra en una conciliación final que (en el caso del peronismo) quedaba en manos del conductor, del líder (que es eso porque es, justamente, el que puede cerrar las totalizaciones), todas las particularidades le son esenciales a la totalidad, que no puede renegar de ninguna para completarse adecuadamente en el todo que es el movimiento conducido por el líder. Cuya tarea, se sabe, es conducir el *todo*. El *todo* (como muy bien lo definió muchas veces Perón) es el *desorden*, pero no la *anarquía*. El *desorden* de la totalidad que el con-

ductor conduce es el que otorga la *vida* al movimiento; si no, estaría muerto. Como dice maravillosamente Hegel: *Lo verdadero (...) Es el delirio báquico en el que ningún miembro escapa a la embriaguez*. Pero la verdad es posible en Hegel porque la historia, al ser teleológica, al ir, de negación en negación, en un sentido fijo, hacia una conciliación final entre contrarios de los que habrá de surgir otra figura dialéctica por la destotalización que la negación dialéctica implica, se sucede a sí misma inmanentemente. No hay un totalizador privilegiado en Hegel. La totalidad se realiza por sí misma en su autodesarrollo. Pero no así cuando en la totalidad hay un elemento privilegiado (un conductor) que decide cuándo cerrar la totalización y cuándo abrirla. Ahí donde Perón habla de sí como el Padre Eterno es porque pretende ponerse por fuera de la totalización en curso. Así, cuando dos particularidades no pueden resolver su conflicto dialéctico aparece el conductor del movimiento y lleva el conflicto a buen puerto, integra el enfrentamiento como un momento más del desarrollo de la totalidad. Pero –para realizar esta tarea cuasi divina– el Padre Eterno no tiene que optar por nadie. Tiene que estar con todos y llevar a todos hacia el mismo fin. *La teleología del movimiento peronista la fija Perón y la garantiza Perón*. Si esto queda claro todo el resto es trasparente. ¿Cómo habría de compartirse la conducción? ¿Cómo podría haber dos instancias totalizadoras? Además, en un primer momento, Perón responde con claridad: se acabó la primacía de la sangre sobre el tiempo. Ahora: la del tiempo sobre la sangre. En agosto de 1973 –ante los gobernadores de provincias– dice: "La lucha ha finalizado por lo menos en su aspecto fundamental. Esa lucha enconada, difícil, violenta en algunas circunstancias, ya ha terminado; y comienza una lucha más bien mancomunada, de todas las fuerzas políticas en defensa de los intereses y objetivos nacionales" (Presidencia de la Nación, Secretaría de Prensa y Difusión, 2/8/73).

En suma, lo que propone Perón es: *La primacía del tiempo sobre la sangre, de la integración sobre la beligerancia, de la unidad sobre la disociación*. Esta primacía del *tiempo*, de la *integración* y de la *unidad* echaba por tierra los ejes ideológicos que daban vida a la juventud peronista. Le impedían por completo ser vanguardia. Estaban preparados para *continuar la lucha, y Perón viene a frenarla*. Más aún cuando disuelve en el caldo húmedo y viscoso de la *unidad nacional* esa Argentina que la Jotapé veía dividida entre el pueblo y sus explotadores. "Habíamos establecido (dice Perón) que para un justicialista no hay nada mejor que otro justicialista. Pero ahora cambiamos y decimos que para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino" (Discurso en el acto de inauguración de la sala de reuniones de los partidos políticos en la Casa de Gobierno, 14 de septiembre de 1973. El concepto lo había lanzado en oportunidades anteriores). Si toda la Jotapé se había indignado cuando Perón proclama la *etapa dogmática* (o sea: al diablo con la actualización doctrinaria), ahora se ve que la etapa dogmática, cuando se modifica, lo hace para la derecha. "Para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino." López Rega empezaba a preparar el Altar de la Patria. Era un gran mausoleo en el que reposarían todos los muertos prominentes de la patria, cualquiera haya sido el bando en que hubieran militado. De esta forma, Lavalle y Dorrego habrían de yacer juntos porque el país había dejado atrás sus conflictos irredentos. Rosas y Urquiza, uno junto al otro. Aramburu y el general Valle, lo mismo.

LA SOBERBIA DE LOS CUADROS AUXILIARES DE CONDUCCIÓN

Con Perón en el país y en la Presidencia se abría una época de licuación de antagonismos. La *unidad nacional* (que, manejada por el nacionalismo de izquierda, era un eje teórico valioso: *La unidad de todos aquellos sectores objetivamente enfrentados al imperialismo*) era la unidad de todos. No había ya lucha de clases. No había leales y traidores. Conciliadores y combativos. Corriente nacional y antinacional. Patriotas y cipayos. Pueblo y antipueblo. Se acabaron esos esquemas de pensamiento basados en el motor del conflicto. El país entero se lanzaba a la tarea de la reconstrucción nacional. *Todos* eran convocados a ella. Era abolido el pasado. Cualquier enemigo de ayer –por terrible que fuera– tenía abiertas las puertas del movimiento. Éramos todos argentinos. Teníamos que construir la Argentina Potencia y ésta era una tarea a la que nadie podía darle la espalda, negársele.

Se le negaban aquéllos que pretendían aún ser la vanguardia del movimiento. Este siguió siendo el pecado no-peronista de los Montoneros. Con Perón vivo, no había vanguardia posible. Un movimiento nacional con un líder a su frente no requiere una vanguardia. La vanguardia es el líder. Que Perón quisiera compartirla con ellos fue un error de encuadre político grave por parte de la Tendencia, de los montos. Un líder no comparte nada con nadie. Para eso es el líder. A Perón se lo había esperado 18 años. Por Perón y las masas que a él adherían el Estado-gorila ilegitimizó la democracia argentina. La hirió de una ilegalidad insuperable como insuperable le era el problema que quería resolver: liquidar a Perón y, si fuera posible, al peronismo. Al amparo de esta situación de sofocamiento histórico, de negación y relegamiento de masas, de *violencia estructural* (en tanto *excluir* de la democracia a las mayorías y a su líder es violencia, es establecer un Estado que encarna la tiranía por no poder integrar a la democracia, ni aceptarla *tal como se presenta en la realidad nacional, le guste o no*), surgieron las organizaciones armadas. Surgieron al amparo de Perón y el peronismo. Al amparo de un movimiento y un líder que los precedían en años, que venían luchando contra los patrones de la patria desde hacía largo tiempo. Pero la tentación de la *vanguardia* es grande. Perón –en *Conducción política*– distingue entre el conductor y los *cuadros auxiliares de conducción*. En tanto cuadros auxiliares, las organizaciones armadas habían contribuido valiosamente al regreso del líder. Pero –en esa totalización en curso que es el *Movimiento*– que una de las particularidades corra más riesgos que las otras (el riesgo de morir, por ejemplo), *no la torna más importante*. Todas son importantes. Todas son necesarias. Al serlo, ninguna es superior a otra. Esa hipervaloración del *riesgo* y de la *sangre* no tenía para Perón el valor que tenía para la guerrilla, aun cuando en cartas privadas les hubiera reconocido el coraje. De aquí que no considerara que valieran más que otros sectores del movimiento. Si Perón se pone bajo el paraguas de Rucci es porque considera que la creación auténtica, originaria del peronismo histórico es el movimiento sindical. La guerrilla se había atribuido una conceptualización que era patrimonio de los sindicatos, no de ella. Eran los sindicatos la *columna vertebral* del peronismo. No las formaciones especiales. Los "muchachos" habían servido para golpear, para jaquear al régimen. Pero ahora había que gobernar. Guardar los fierros. Y –con los fierros– debían dar un paso atrás quienes los habían empuñado. La nueva etapa requería otro protagonismo. Me voy a permitir (total, según me han dicho, me han puteado en todos los colores, ¿qué importa agregar uno más?) citar un texto que habré de escribir en enero de 1974, en pleno enfrentamiento Perón-Firmenich. Fue el texto que buscó un fundamento teórico para el surgimiento de la JP Lealtad, una de las escisiones más importantes (que, de todos modos, no sirvió de nada) sufrida por Montoneros a partir de haber asumido el asesinato de Rucci. El planteo era claramente: o los Montoneros o Perón. Todo estaba mal. No era posible elegir *bien*, porque podríamos decir que esa entidad (lo *bueno*) no existía en la escena política. Con Firmenich eran los fierros y el vanguardismo iluminista, algo que muchos veíamos se deslizaba fatalmente hacia una separación con las masas que habría de ser irrestañable. Con Perón era la derecha del movimiento, el Brujo y la imbancable Chabela. Pero ahí, todavía, estaban las masas peronistas, que era a su viejo líder a quien querían y de quien esperaban lo que realmente esperaban: el regreso del Estado de Bienestar, de los días felices del primer peronismo. (*Nota:* Recordar: pocos días antes del regreso de Perón, los sindicatos pegotean la ciudad con unos enormes afiches que dicen: *Bienvenido General a la patria liberada*. Para la izquierda, el retorno de Perón era recién el comienzo de la lucha por el poder. Para los veteranos sindicalistas, si Perón volvía la patria ya estaba liberada. Interpretaban mejor al trabajador peronista, que jamás se planteó *tomar el poder* sino recibir de Perón un espacio de dignidad, de respeto dentro de ese poder, que no quería para sí, que ni siquiera imaginaba cómo manejarlo, pero del que exigía recibir una participación digna, como Perón le había otorgado durante los años de oro y como habría de otorgarle otra vez, ahora.) De modo que la JP Lealtad, tapándose la nariz y en un marco de desaliento cada vez más generalizado, se jugó por Perón. Muchos de los mejores cuadros del peronismo estuvieron en la Lealtad. José Luis Nell, el cura Mugica, y sólo nombro dos. Recuerdo aquí algo que alguna vez le oí decir a Horacio González: "Hay que analizar esa época con algo de piedad". ¿Por qué? Creo sospecharlo: *sólo era posible equivocarse*. Por lo menos, la JP Lealtad intentó hacerlo con las masas. Que su líder, ese líder al que tan fielmente habían esperado, se viera ahora rodeado de presencias terroríficas (Villar, Margaride, López Rega, Osinde, Brito Lima, el comisario Navarro, etc.), tornaba todo muy difícil y doloroso. Pero –como dice el alemán Schultz en *La Patagonia rebelde*–: "Si las masas se equivocan, prefiero equivocarme con ellas a tener razón solo". Mi texto –que luego veremos en el momento preciso en que aparece– le señalaba a la Orga que el concepto de *vanguardia* no era ni podía ser peronista en tanto Perón tuviera vida: "El concepto de vanguardia expresa el pecado de soberbia de los conductores auxiliares, su sustantivación, su marginamiento del esquema totalizador de la conducción política y la elección de un camino alternativo que no puede sino desconocer la vigencia de la relación conductor-pueblo" (JPF, *Aluvión*, revista, Buenos Aires, julio 1974. Como director de este melancólico intento de seguir apostando a las ideas y no a los fierros, figuro yo, pero el alma de la revista, el que discutió paso a paso conmigo –dictándome a veces– el largo trabajo *A propósito de la conducción* fue Miguel Hurst, cuyo talento político, como el de tantos otros, habría otorgado más espesor a la Argentina de la democracia. Su muerte, a raíz de un aneurisma cerebral, está narrada en mi novela *La crítica de las armas*. Miguel es, ahí, Lucio.) Los montos responden a las escisiones con una consigna dura: "Disidentes por derecha/ Disidentes por izquierda/ Que todos los disidentes/ Se vayan a la mierda". Pero había algo que todos sentían. Todos los que habían formado parte de la tumultuosa juventud peronista del '70 al '73. El Perón que había vuelto no era el Perón que se quería. Era otro. Tal vez (¡y cuánto dolía esta autoconfesión!) más cercano a las visiones gorilas de nuestros viejos que a la épica de la liberación nacional y social de la patria, que a la geopolítica del Tercer Mundo. De esta forma, no fueron pocos los que dijeron la frase que sintetizaba todo: "El Viejo nos cagó, compañeros".

Perón todavía reservaba –para sorpresa de la Tendencia– varios conceptos para justificar su praxis al frente del gobierno y del movimiento. Los desarrollaría sobre todo desde una serie de conferencias que dictaría desde la CGT, otorgándole así a la central obrera una primacía que le negaba a la Tendencia. Todos ellos estarían destinados a justificar la necesariedad de la etapa dogmática. En uno hablará de los *apresurados* y los *retardatarios*. Y otro quedará enmarcado dentro de una frase que el general aseguraba conocer de los *frontispicios* greco-latinos: *Todo en su medida y armoniosamente*. La palabra *frontispicio* se puso de moda. Uno decía cualquier cosa y –si se le cantaba– juraba conocerla de una inscripción tallada en un frontispicio griego o romano. (Dicho afectuosamente: Perón tenía chantadas insuperables. La de los *frontispicios* fue una de ellas. No en vano cierta vez citó a Fidel Pintos, gran cultor de la *sanata*.)

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

"Que nadie lo discuta/ López Rega, hijo de puta"